

Wissmer, Jean-Michel. *Las leyendas de Sor Juana o cómo construir un icono*. México: Fondo Editorial Estado de México FOEM, 2016. ISBN 978-607-495-502-6. 142 pgs.

Reviewed by: Guillermo Schmidhuber de la Mora
Universidad de Guadalajara (México)

No es ilusoria comprensión el calificar a este libro de bandera blanca anti bélica o de firma de paz después de una guerra. El sorjuanismo ha sido batalla campal por casi cien años a partir de los años 20 del siglo anterior, mientras Sor Juana Inés de la Cruz iba lentamente siendo descubierta. Bien recordados son los muchos conflictos abiertos entre afamados sorjuanistas y sus grupos de defensa, hasta el punto que escribir una historia crítica de la atención intelectual que se le ha brindado a la monja de México es narrar las querellas juntos a los logros de las múltiples corrientes críticas diferenciadas no únicamente por la comprensión literaria sino también por su sectarización ideológica. El libro de marras es indudablemente un ‘parte aguas’. No es un esfuerzo analítico para descubrirnos un aspecto insospechado de la autora, sino una síntesis de los logros y las limitaciones del sorjuanismo mexicano.

Jean-Michel Wissmer es suizo de visión integradora, no hay en sus proposiciones ninguna ideologización. Su voz crítica —por no decir poética— parecería ingenua pero es resultado de su sabiduría que abarca la obra completa de la autora. Lejos está de la diatriba que fue tan socorrida por algunas de las voces *tótem*; nada de eso; con pasos candorosos Wissmer va abriendo sus cartas de su *pocker* crítico de ocho capítulos titulados primero “leyenda” y luego calificados de: trabulsiana; del Padre Lobo; amorosa (sexual); de la *única* poetisa mexicana; de piadosa; de una vida y de unas vidas; narcisista, y termina con la leyenda (calificada por cierto de falsa) de su fama. Todo enfoque crítico es incorporado, tamizado, llevado a su esencia e hilvanado hasta crear un tapiz en donde se bordan todas las sorjuanas imaginadas en cien años de crítica sectaria. La utilización de la palabra leyenda no tiene el significado común, sino uno que es explicado al final del prólogo “etimológicamente, leyenda proviene del latín *legenda* y significa ‘que debe ser leído’” (15).

En el primer capítulo de manera confesional, el autor recuerda su iniciación en el campo del sorjuanismo, quien alguien de forma anónima ha calificado de “minado”. Las influencias fueron varias y de gran prosapia: la francesa Marie-Cécile Bénassy, quien fuera su lectora de tesis doctoral, y Elías Trabulse, el afamado crítico mexicano y también lector de su tesis. El autor se lava las manos de haber sido “trabulseano” y califica de fábula la propuesta de este crítico de origen libanés de un juicio secreto confabulado por la Inquisición contra sor Juana, mismo que nunca ha sido probado con documentos por razón que fue ‘secreto’. Una leyenda que merece ser leída pero no creída, parece decir el autor suizo, y a partir de esta auto confesión, van desplegándose las demás leyendas una por una.

¿Será el padre Antonio Núñez de Miranda un ‘padre lobo’ y Sor Juana, una caperucita ante su confesor? El libro cierra cada capítulo con un texto último titulado “Conclusión y propuesta de respuesta”; en este caso dice que el confesor era “un hombre de su tiempo” que aplicaba el dogma *á la lettre* y que ambos eran “personas que no podían ponerse de acuerdo”. Adiós a las antipatías que el sorjuanismo ha sospechado y hasta gozado desde una perspectiva laicicista.

La leyenda amorosa va a ser la más leída por la gracia candorosa que encierra. A la pregunta ¿tenía sor Juana una sexualidad? Con higiene crítica se presentan fragmentos de los poemas calificados por el sexismo sáfico como lesbianos. El capítulo responde: “Cada ser

humano tiene una sexualidad que puede expresarse de múltiple formas... pasando por una panoplia extraordinariamente compleja y diversa de comportamientos... Considerando su estatuto, sor Juana expresa —tal vez sólo poéticamente— una variedad poco común” (44). Mejor respuesta no podría dar el autor.

El tercer capítulo elabora la leyenda de la monja y el orgullo mexicano. ¿Fue sor Juana *única* y su obra *mexicana*? Analiza la mexicanización moderna de la monja a pesar de que ella fue novohispana. La respuesta dada lleva al lector a “*La cour des Grands*, cohabitar con los modelos que tanto admiraba e inspirarse en ellos, citar y copiarlos. Que haya aportado su nota personal y su sensibilidad de mujer, monja y mexicana, nadie los duda” (60). Parecería que la mexicanidad de sor Juana pudiera ser juzgada únicamente por un extranjero y un suizo lo logra magníficamente.

La leyenda de que sor Juana fue una monja piadosa estuvo en boga cuando Méndez Plancarte editó los cuatro volúmenes de FCE en la quinta década del siglo XX y ahora ha vuelto a ser afirmada a raíz del hallazgo de la *Carta de Puebla* y la *Carta de San Miguel*. ¿Tuvo la monja vocación? Primero se cita lo que sor Juana quiso compartirnos sobre su vida religiosa, y después se pasa por compararla con santa Teresa de Ávila y con una neófita iroquesa (y ahora una santa) llamada Kateri Tekakwitha, cuya vida fue publicada en francés en 1717 por su confesor. Hay un largo agregado sobre el hermetismo y su influencia en la monja jerónima, y el capítulo termina con un extraordinario análisis los tres romances 57, 58 y 59, sin duda composiciones últimas de la autora que afirman su religiosidad profunda a pesar de haber pasado “por etapas conflictivas y dudas existenciales y espirituales” (83).

La vida de sor Juana ha creado leyendas que son más cercanas a la biografía de cada crítico que a aquélla de la monja. Un acercamiento al primer biógrafo, Diego Calleja; los *Enigmas* que aclaran entrevelos la monja; sus últimos escritos en prosa y el poema que se encontró después de su muerte, todo ese acervo literario es analizado como testimonio de sus últimos sentires. No hay un hálito de derrota porque no hubo asedio. El libro afirma que sor Juana tuvo muchas vidas como los gatos, las que contó ella misma y las que van contando observadores y admiradores. ¡Claro que fue poliédrica!

Prosigue el libro con esta pregunta: si fue sor Juana narcisista. Se informa de los pensadores que analizaron el mito griego desde una perspectiva cristiana: Ramón Llull, Francisco de Aldana, María de la Antigua, Pierre de Marbeuf y Calderón. No se cita al teólogo español Juan Eusebio Nieremberg, quien ya había utilizado la figura de Cristo=Narciso desde la misma manera sorjuanina, como lo ha probado Rocío Olivares. Wissmer afirma que sor Juana “fue sin duda narcisista en el sentido noble de la palabra, su obra es su propio reflejo y le encantó mirarse en ese espejo” (122).

La siguiente leyenda responde a ¿fue y es tan celebrada sor Juana? La respuesta sorprende desde una atalaya europea con un *no*, ni fue ni es. El capítulo termina con un encuentro que parecería imposible de la Décima Musa con nada menos que Samuel Beckett: sorprende saber que este autor irlandés fue traductor infeliz de varios poemas sorjuaninos por petición de Octavio Paz y la UNESCO. ¿Y qué pasa con Borges? Otra imposible aseveración; pues sí, se informa que María Kodama comentó al autor del libro que le parecía improbable que su marido haya leído a sor Juana porque “casi todos los libros de su biblioteca estaban en inglés” (132). Ni modo, el argentino se la perdió.

El libro cita la afirmación de un sorjuanista dolido que su especialidad es tierra “minada” y que “falta mucho para que sea reconocida en todo el orbe universal” (135). El Epílogo luce por la brevedad —como todo el libro—, pero el lector se quedará pensando que es ineludible hablar de tolerancia entre los sorjuanistas bajo el deseo de que sor Juana “sea

imitada y escuchada”. Desiderata que hubiera parecido imposible para las facciones sorjuaneras de hace unos años, pero que hoy parece dejar de ser promesa y convertirse en celebración legendaria, como este libro lo demuestra.